

NOTAS CRITICAS

EL *ESCULTOR JUAN DE ANCHETA*, por José Camón Aznar. Ediciones de <<Príncipe de Viana>> (Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1943).

El catedrático de Historia del Arte, José Camón Aznar, Director de la «Revista de ideas estéticas», editada por el Consejo de Investigaciones Científicas, es hoy una de las autoridades, que en materia de artes plásticas y teoría de las artes, tiene España. Une a su docto saber un estilo de escritor, tanto en el pensamiento como en la forma, que no deja de evocar cierto dejo coterráneo suyo, gracianesco, que confiere legitimidad a esa conjunción, tan característica, de elementos broncos y preciosistas a la vez. Es la suya una prosa en la que se aunan el patetismo de la expresión, violenta y caudalosa, a la rebuscada ornamentación, suntuaria y como nacida de la pujante obligatoriedad del concepto. Y habremos de reconocer que si la mente de Camón, erudito estudioso de disciplinas estéticas, se hallaba destinada al tema de esta obra, no dejaba de ser tal instrumento el útil más propicio para dar desarrollo ulterior a sus intuiciones. De aquí que un libro como el que nos ocupa, haya de ser bienvenido, pues que al interés extraordinario que despierta figura tan poco tratada cual es la de Ancheta, se suma el venir estofada —valga el término— por Camón, y editada en Navarra, donde, como es sabido, es preciso venir a estudiar, entre otras mil manifestaciones de arte autóctono, la obra principal de Ancheta.

Nacido en tierras vascas, muy próximas a las nuestras, Juan de Ancheta vivió y trabajó, durante largos años, en Navarra. Aquí está una parte de su labor, quizás la más considerable en conjunto, ofreciendo, desde monumentales retablos, la arrolladora belleza de sus masas y de sus líneas espléndidas. Ancheta no es un escultor que guste; Ancheta arrebató. Tiene fuerza de los violentos que, a velas desplegadas, elevan al contemplador hasta regiones donde es norma la arandiosidad y la magnificencia. Cierto que hay en todo ello un elemento más que coincidente con el molde miquelángesco. Pero no se empequeñece su labor por comparar la afinidad que existe entra alguna figura del retablo de Aoiz y el Adán de la Sixtina. Aunque no hubiese habido precedentes felices, podríase aplicar a Ancheta ese tan traído y llevado «titanismo», que los críticos prodigaren, hasta como recurso a veces, a Buonarrotí. Y de hecho se aplica, aunque el temperamento de Camón so baste a dar un valor original a todas sus consideraciones críticas. Por eso es más de elogiabile el modo que tiene de abordar tan difícil cuestión —el miguelangismo de Ancheta—, ya que, por obvia, necesita una visión personal que no recaira en las gélidas referencias. En Ancheta, —dice Camón—: «la magnitud física se acrece y sus personajes resultan de un colosalismo que se cdepta bien a la estética hercúlea de esta época». Pero «esa imponencia física —añade— en nada amengua la humanidad de las figuras». Y es cue ese «gigantismo» está sentido, tanto por el crítico como por el autor, dentro de una concepción católica del mundo.

y por eso no empañan resabios paganos la devoción que tales figuras puedan inspirar desde la capilla mayor de un templo.

Vendrá la crítica más mesurada a enjuiciar éste que Camón llama «romanismo» de Ancheta y que para alguno será «romanticismo» quizás. Vendrá la sosegada erudición inmune, a veces, a las tentaciones apasionadas y discutirá, acaso, la atribución de ésta o aquella paternidad en algunas obras. Y no vendrá en vano. Pero, aparte lo que diga la serena razón y aparte lo que afirme el documento, la crítica que se haga, ateniéndose a la idoneidad que aproxima o separa a una obra de un nombre, habrá de hacerse ya en virtud de unos postulados con los cuales acertó Camón a definir el estilo, peculiar, de Ancheta. La embriaguez estética de Camón es lúcida. Y podría insinuarse que lo más ecuánime que hay en su crítica, es ese «no importa» con que reacciona frente al miguelangismo (o miguelangelismo, si prefiere) supuesto en Ancheta. Bien merece, en suma, aquel fervor de un entusiasta que lleva, a veces, su fidelidad al trasunto mismo, la generosa justicia de un crítico, a su vez enfervorizado. Los defectos en que, por exceso, uno y otro incurrieren, habrán de serles largamente perdonados. Y el curioso lector se dejará enrollar en el redoble de Camón, como éste se dejó arrebatar por el de Ancheta. Llega tal crítica después de que, durante varios años, se ha venido negando fuero al genio. Y algunos gustarán de estas cálidas argumentaciones. Camón explica que «en escultura, encontramos, en la segunda mitad del siglo XVI, en todos los países, la misma apostura hercúlea, la misma nobleza rítmica de amplios paños reposados, las mismas cabezas greñudas y de barbas aborrecidas, el mismo gesto tonante y retador y también la misma hueca gesticulación», para afirmar que: «Ancheta realiza el milagro de aunar su genialidad personal con los moldes escultóricos del Alto Renacimiento». ¿Y cómo? Animando la hoquedad de esos o lemanes «con nuevos e imprevisibles énfasis. Y estas cabezas de tan meditada fiereza, se vigorizan con decisiones y arrebatos extraños en el elenco romanista». Ancheta aporta al leño (cual Carcilaso al verso) la pasión íntima. Y estas «estatuas descubren un atroz patetismo, que queda inextinto y apto para continuar resonante en el alma del espectador».

Pero Camón, raptado en los pliegues barrocos de estas figuras egregias, no ha olvidado el detalle preciso a que el erudito viene obligado. Y uniendo, así, el dato a los períodos líricos, ha logrado hacer un libro tan completo sobre el tema propuesto, que nos hace añorar la existencia de sendos volúmenes, por escribir, acerca de no pocas figuras excelsas del arte patrio, y de las cuales, hoy, lo muy poco que se sabe hállase desperdigado. Asumir lo que pueda saberse de un autor y su obra, es árdua empresa; si se añade cierta investigación, es tanto más meritoria. Preténdase situar, dicha obra y autor, en espacio y en tiempo; añádase un conato de interpretación, y se habrá conseguido una monografía, que será imprescindible. Eso ha hecho con Ancheta, Camón. Si se advierte, además, que lo ha hecho tan a gusto, es porque se podría decir que esta vez, le ha salido «su toro». Y a los buenos espadas les sale mucho.

A. M.